

debe ordenarse al esclavo sin noticia de su señor. Quedan sujetos los abades á los obispos, del mismo modo que los clérigos; de suerte que ni unos ni otros pueden ir sin permiso del obispo á pedir algun favor ó gracia al príncipe.

En cuanto á los bienes de la Iglesia se ve que el obispo tenia la administracion de todos los fondos dados tanto á la catedral como á las demas iglesias. Se le asigna asimismo, respecto de las oblaciones, la mitad de las que se hacen en la catedral, y ja tercera parte de las de las demas iglesias. Se prohíbe á todo ciudadano celebrar en el campo las fiestas de Pascua, Navidad y Pentecostés, y se manda á todas las iglesias que observen las rogativas ó letanias. No se consienten segundas nupcias á la viuda de un presbítero ó de un diácono; esto es, á la que hubiese consentido en la ordenacion de su esposo, pues jamas el uso del matrimonio fué legítimo en Occidente á los clérigos de orden sacro. Excomulga con los adivinos á los que observaban la suerte de los Santos, ó pretendian conocer lo futuro en el primer testó que se presentaba, abriendo á la ventura alguno de los libros sagrados: abuso que se habia introducido algun tiempo antes y que estas prohibiciones no consiguieron desarraigar.

Treinta y dos obispos firmaron este Concilio, de los cuales los cinco primeros eran metropolitanos. Sobresale como uno de los mas célebres San Gildardo ó Godardo de Ruan; pero sin que sepamos cierta y circunstanciadamente sus obras. De ningun modo se puede asegurar que fuese hermano de San Medardo, como han afirmado algunos, y mucho menos que los dos naciesen, se ordenasen y muriesen en un mismo día; al menos es indudable, que si recibieron las ordenes en un mismo día, fué en diferente año; pues Sofronio, obispo de Vermandois, concurrió con San Gildardo á este Concilio

de Orleans que fué el primero, y San Medardo no sucedió inmediatamente á San Sofronio.

Mas particularidades nos quedan de la vida de San Melanio de Rennes (1). Su amor al retiro era extraordinario, y su único anhelo era santificarse por medio de todos los ejercicios de la vida monástica, cuando los principales ciudadanos de Rennes le rogaron que obedeciese las últimas disposiciones de su santo obispo Amado, que antes de morir le habia designado para sucesor suyo. Melanio no osó resistir á la voz del cielo, y se sometió con tanta mas facilidad, cuanto la dignidad á que se le destinaba le proporcionaria menos comodidades y mayores trabajos, á causa de que el mayor número de los habitantes de Rennes eran todavia paganos. El santo pastor consiguió la gloria de convertirlos. Eran iguales á su celo sus talentos y su ingenio; Clodoveo que habia sujetado á su dominacion la Armórica, conoció el mérito de Melanio y le llamó muchas veces cerca de sí, aprovechando sus consejos, particularmente en las materias de Religion. El santo obispo se consagró con igual celo y con dichoso éxito á la conversion de los idólatras que infestaban principalmente el pais de Vannes; y habiendo un día resucitado á su vista un niño que poco antes habia espirado, al punto siguieron el cristianismo la mayor parte de sus habitantes.

Murió el rey Clodoveo el mismo año 511 en que se celebró el Concilio de Orleans, cinco despues de la derrota de Alarico, y á los cuarenta y cinco de edad. Sepultáronle en Paris, donde habia fallecido, y en la iglesia de los Santos Apóstoles, aunque no estaba todavia concluida.

Teodorico, rey de Italia, era dueño de la ciudad de Arlés, de la que se habia apoderado, como tambien de una parte consi-

(1) Bolland. ad diem 6. Jan.

derable de los Estados del rey de los visigodos, su nieto, con pretesto de defenderlos mejor. A pesar de lo inútiles que fueron los tiros de la calumnia contra San Cesario, acusaron de nuevo al santo arzobispo ante este príncipe, y la persecucion rayó hasta el punto de prenderle y conducirlo á Rávena con buena escolta (1). Presentóse en la córte como en todas las demas partes, con aquella libertad y confianza que dan la inocencia y la santidad. Cuando compareció en presencia del príncipe, se presentó con tan firme y noble continente, que Teodorico quedó poseido de admiracion, é impulsado por un movimiento casi irresistible, se levantó y descubrió la cabeza con una atencion y agrado lleno de respeto. Preguntóle despues si se habia fatigado en el camino; y sin hablarle una palabra sobre las acusaciones intentadas contra él, solo se informó del estado en que quedaba su iglesia y su pueblo. Parecia hallarse en un estado mas embarazoso que el Santo, pues en la conversacion procuraba alejar la idea de las sospechas injuriosas que los falsos calumniadores le habian inspirado. Cuando el obispo salió, dijo el rey á sus cortesanos: «castigue Dios á los que han motivado el que un hombre tan santo haya hecho este penoso viaje; yo he temblado al verle, y creí ver un ángel descendido del cielo.» Le regaló un vaso grande de plata de peso de sesenta libras, y trescientos sueldos de oro, y á los portadores les encargó le dijese lo siguiente: «el rey vuestro hijo os suplica que recibais este vaso, y os sirvais de él por amor suyo.» El Santo obispo usaba solamente de plata en algunos cubiertos, y así mandó vender el vaso y distribuyó su valor entre los pobres, destinando una parte á la redencion de los cautivos. El rey tuvo noticia de esto, y le dijeron que habia tan-

(1) Vit. S. Cesari. lib. 1, num. 19.

tos pobres á la puerta del Santo que co dificultad se podia penetrar. Edificóse Teodorico en tal grado y se esplicó de una manera tan afectuosa, que penetrando sus sentimientos en el corazon de los grandes que le escuchaban, corrieron todos á porfia á proveer de recursos al santo pastor para que pudiese egercer su piadosa liberalidad. De este modo pudo libertar á una infinidad de cautivos, la mayor parte provenzales, á quienes suministró tambien lo necesario para regresar á sus casas.

Los milagros sucedieron á las limosnas. Un jóven de distinguido nacimiento, que para sustentar á su madre se habia puesto á servir al prefecto del pretorio, enfermó y á poco tiempo falleció. Reducida la madre á una especie de desesperacion, corrió á San Cesario, y casi á viva fuerza le llevó á donde estaba el difunto para que suplicase al Señor le devolviera la vida. El Santo fué en secreto, y dirigió su oracion con aquella confianza que presagia y consigue los milagros. Despues se retiró dejando allí á Mesiano su secretario, con orden de hacerle saber lo que sucediese. Pasada una hora, abrió el jóven los ojos y dijo á su madre con una voz robusta: «corred á dar gracias al siervo de Dios, á cuyas oraciones debo haber vuelto á la vida (1).»

Estendióse la fama de este prodigio no solamente por Rávena donde habia acaecido y por toda la provincia, sino tambien por Roma, en donde sin haber estado Cesario era igualmente querido de los eclesiásticos y de los seglares, del pueblo y de los grandes; y así rogaron todas las clases de la república que los honrase con su presencia.

Habia que tratar allí negocios importantes, pues permanecia en pié la controversia de su iglesia con la de Viena suscitada mucho tiempo antes y decidida ya por la

(1) Vit. S. Cesari. lib. 1, num. 20.



Santa Sede. Habiéndose hecho cargo de las razones del santo obispo, ratificó el Papa Simaco la sentencia de San Leon que aquel cuidó de recordar. En conformidad á las antiguas disposiciones, mandó que el obispo de Viena tuviese únicamente jurisdicción sobre las iglesias de Valencia, Tarantasia, Ginebra y Grenoble; y que el obispo de Arlés se mantuviese en la posesion de los derechos que tenia sobre las otras ciudades de la misma provincia. Su Santidad le otorgó del mismo modo el uso del pálio, y permitió á los diáconos de su iglesia usasen dalmática como los de Roma. A ejemplo del Sumo Pontífice todos los romanos le colmaron de honores y de regalos. Llovieron sobre él muchas limosnas de que se le veía usar santamente, tanto que despues de las inmensas sumas que gastó conforme á su gusto dominante en libertar cautivos, llevó consigo ocho mil sueldos de oro para los pobres de la Galia: tan alto rayó el gran poder de la santidad de Cesario y el éxito glorioso de un viage que principió como reo de Estado.

De regreso en Provenza, suscitóle nuevas tempestades la fama de los favores que habia obtenido. Ufano el obispo de Aix con la gloria que de día en día iba adquiriendo la ciudad de que era pastor, en una época en que era costumbre arreglar el orden eclesiástico de las ciudades conforme al orden civil, no quiso recibir las órdenes de Cesario para asistir á los concilios y á las consagraciones. El santo arzobispo escribió á Roma sobre este negocio; y el Sumo Pontífice le contestó, que sin menoscabar los privilegios de las demas iglesias, le prevenia que velase sobre todos los negocios que en materia de religion se suscitasen en las provincias de la Galia y de España; que á él tocaba convocar los concilios en caso de necesidad, y dar cuenta de ello á la Santa Sede; y que á todo eclesiástico se obligase

en todas aquellas provincias á reconocer la superioridad del obispo de Arlés. De aquí aparece que el Papa le nombraba con la mas grande estension de privilegios su vicario en la Galia y en España.

Su secretario Mesiano partió para Roma con la carta de San Cesario; y el abad Egidio ó Gil, que juzgamos ser el célebre San Gil, cuya memoria venera la Iglesia el día 1.º de setiembre, le acompañó. No se puede dar entero crédito á las actas de la vida de este santo solitario, que abundan en los mas groseros anacronismos. Sin embargo, parece probable que era oriundo de Grecia, de donde pasó á las Galias, se unió á San Cesario, y despues se retiró hácia las estremidades de la diócesis de Nimes en una cueva del valle Flaviano, que sin duda tomó este nombre de la familia Flaviana, esto es, de la casa Real de los godos, como que componia una parte del dominio especial de estos príncipes. Uno de ellos (que es verosímil fuera Amalarico, rey de los visigodos) descubrió al Santo del modo prodigioso que cuentan. Levantóse un monasterio en este sitio, y en breve edificaron allí una villa que tomó despues el nombre del Santo, como tambien una parte del Languedoc, llamado en otro tiempo la provincia de San Gil. Esto muestra el grado de celebridad á que subió la santidad de este admirable solitario.

San Cesario obtuvo tambien del Papa la condenacion de muchos abusos que habia en las Galias. El mas notable parece que era la enagenacion de los bienes de la Iglesia. Por un rescripto ó decretal del 6 de noviembre de 513 prohibe Simaco enagenar estos bienes á no ser á favor de los monasterios, de los hospicios de peregrinos, y de los clérigos beneméritos de la Iglesia, y aun en este caso debian volver los bienes á la Iglesia despues de la muerte de aquellos á quienes se hubiesen cedido. Aquí se vé

tambien el origen de los beneficios eclesiásticos con las condiciones que se necesitan para conseguirlos; siendo una de las mas esenciales, y que el Papa cuida de expresar formalmente, la de que no se aspire al sacerdocio con la mira de conseguirlos.

Ya el año anterior los obispos de Oriente, deplorando el verse separados de la comunión de Roma habian escrito al Papa Simaco, suplicándole los reuniese á su apostólica Silla; pero á pesar de estas buenas disposiciones, la division subsistió todavia algun tiempo. El Papa Simaco murió á 9 de julio de 514, despues de un pontificado de quince años y cerca de ocho meses. Dicese que fué el primero que ordenó se cantase el *Gloria in excelsis* en los domingos y fiestas de los mártires. Dió grandes limosnas á las iglesias, y en muchas levantó sagrarios ó tabernáculos de plata del peso de ciento veinte libras cada uno, correspondiendo el trabajo á la riqueza de la materia. Una de estas obras maestras ha merecido principalmente los elogios de los escritores, porque en ella se admiraban las figuras del Salvador y de los doce Apóstoles. No estuvo vacante mas que siete días la Santa Sede, al cabo de los cuales fué elegido el diácono Hormisdas, natural de Campania, que ocupó la Cátedra de San Pedro nueve años.

A él acudió el emperador Anastasio para apaciguar las conmociones sediciosas motivadas por su propia impiedad y por sus vejaciones sacrilegas. Nada le causaba repugnancia cuando se trataba de salir de los malos pasos en que le metian muchas veces su falsa política y aun mucho mas sus estravíos en materia de religion. Representaba entonces todo género de papeles; humillándose del modo mas indecoroso, tolerando las afrentas, y fingiendo en todo hasta que lograba un momento mas á propósito para vengarse. Por esta razon fingia

haber puesto en olvido las injurias que públicamente le dirigieron los habitantes de Constantinopla, cuando supieron el designio que habia formado de privarles de su patriarca Macedonio, celoso defensor del Concilio de Calcedonia. Como eran tan amantes de la sana doctrina, trataron de maniqueo al emperador y corrieron en tropel por las calles de la ciudad gritando: «vez aquí, cristianos, el tiempo de la persecucion; no desampareis á vuestro santo doctor ni lo entregueis á la rabia del tirano.» Dejó el emperador pasar este primer ardor, y algunos dias despues por su orden trasladaron al patriarca á Paflagonia. A fin de imputarle algunos crímenes, sobornaron los pérfidos enemigos del prelado á dos falsos testigos que le acusaron de un pecado vergonzoso (1). Mas como reconociesen y declarasen al patriarca por eunuco, la acusacion solamente sirvió para cubrir de ignominia á sus calumniadores; y el mal trato que le dió la tiranía solo pudo atribuirse al odio que él manifestaba á las novedades heréticas.

Fué colocado en la Silla de Constantinopla el presbítero Timoteo, quien ninguna otra recomendacion tenia para con Anastasio que su adhesion á la heregia. Su incontinencia le habia hecho tan odioso, que el populacho le designaba en público con los nombres mas denigrativos (2). Esto no obstante afectaba un respeto extraordinario al Concilio Niceno, mandando que se recitase públicamente cada domingo, cuando antes solo se hacia una vez al año el día de viernes Santo. En el fondo de su alma era hombre de una total indiferencia sobre los puntos mismos de Religion que se le veía defender con mas ardor, acomodándose á todos los tiempos y á todas las circunstancias. No tenia otro principio de conducta

(1) Evag. lib. 3 hist. cap. 13.

(2) Nicenhor. lib. 16, cap. 26; Theod. lect. pag. 565; Theoph. pag. 422.



que los motivos que interesaban su conducta ó fijaban por el momento su natural ligereza.

Como el abad de los acemetas hubiese muerto, se trasladó al monasterio para nombrar otro. Era amante en extremo de la sana doctrina el sugeto destinado á ocupar este puesto, y no consintió que le bendijese un obispo que no admitia el Concilio de Calcedonia. Fingió Timoteo recibirle, anatematizando sin rodeos á todos los que no le admitiesen, y se le permitió hacer la ceremonia. Llegó esta noticia en breve á oídos del emperador, el cual envió á llamar á Timoteo para reprenderle su inconstancia ó su impostura. Negó Timoteo el hecho con desfachatez y sin la menor inquietud ni perplejidad, y al punto principió á excomulgar á los que admitian el Concilio de Calcedonia.

Sin embargo, este mismo hombre que con tanto descaro se burlaba así de la fé y de los Concilios, no quiso volver á entrar en la iglesia que se le confiaba, interin no desapareciesen los retratos de su predecesor, con el pretesto calumnioso de que Macedonio era enemigo del Concilio Niceno. Al propio tiempo escribió en los dipícticos el nombre de Juan Niceotas, nuevo patriarca de Alejandria declarado abiertamente á favor del cisma, y despues le remitió sus cartas sinodales, enviándolas también á Flaviano de Antioquia y á Elias de Jerusalem. Recta parecia la intencion de estos dos prelados, pero ya sea por prevención ó ya por debilidad, cayeron ea muchas faltas, que sin duda expiaron en el destierro que sufrieron despues por la fé. Su memoria no menos que la de Macedonio ha sido siempre respetable y venerada en la Iglesia despues de su muerte. Recibieron las cartas de Timoteo; mas todas las instancias del emperador no lograron inclinarlos á aprobar la deposicion de Macedonio.

Concibió por ello el príncipe un violento despecho, y el patriarca de Jerusalem notando la persecucion pronta á descargar sobre él como sobre toda la Iglesia, envió á Constantinopla á los abades de Palestina en cuerpo con San Sabas á la cabeza. Mostraba el emperador mucho afecto á los monges, y por esto juzgó Elias que esta diputacion seria mas propia que otra alguna para hacer frente á los hereges de Levante que inundaban la corte y la capital. No podia ser mas urgente el peligro, pues de orden del emperador se congregaba ya en Sidon un Concilio de los obispos de la Siria y Palestina, los mas contrarios del Concilio de Calcedonia. Por esto los solitarios y penitentes diputados apresuraron cuanto les fué posible su viage y llegaron muy en breve; porque no habian tenido necesidad de largos y costosos preparativos, y aun les detenian menos las incomodidades del camino.

Llegados al palacio mandáronles que entrasen todos, escepto San Sabas al que los guardias no permitieron entrar á causa de su hábito en extremo pobre. Entregaron al príncipe la carta del patriarca Elias que principiaba así: «Nombramos y diputamos á vos para el bien de nuestras iglesias lo escogido de nuestros solitarios, y á su cabeza el gran Sabas, gloria de nuestros monasterios.» Preguntó el emperador dónde estaba este santo hombre; y los demas abades no habiendo hecho reparo cuando se le estorbó el seguirlos, miraban á todas partes buscándole con los ojos. Los domésticos de palacio salieron al mismo tiempo en su busca por fuera, y le encontraron al fin en un sitio retirado, donde cantaba tranquilamente salmos. Hiciéronle entrar al punto: el emperador se levantó con respeto luego que le vió, y despues le mandó sentarse con los demas (1). Observaron que al

(1) Vit. S. Sab. pag. 188 et seq.

presentarse Sabas habia puesto el príncipe un aspecto mas suave y mas humano, y les dijo con afabilidad que cada uno le propusiese sin temor lo que les pareciese.

A no ser tan notoria la súbita impresion que siempre causa el aparato de la magestad, ó el aliciente del favor, admiraria en extremo el ver que entre tantos hombres desprendidos por su profesion de las cosas terrenas, la mayor parte de ellos parecieran olvidar los intereses espirituales de la Iglesia. Entre todos estos abades uno pensó solamente en pedir un campo inmediato á su monasterio, otro algun adorno para su iglesia ó fondos para restablecerla, sin hacer mencion del objeto primario é importante á que desde tan lejos habian ido á la capital.

Anastasio, permaneciendo en sus demostraciones de benevolencia, concedió á todos lo que pedian, y dirigiéndose luego á Sabas, que aun no habia pedido cosa alguna, le dijo: «venerable anciano ¿para qué habeis emprendido un viage tan largo si no pedís ninguna gracia?» Sabas contestó: «Despues de haber tenido la honra de tributar mis respetos á mi soberano, si me resta que desear alguna cosa mientras exista en este mundo, es que restituyais la paz á la Iglesia, y no oprimais con el peso de vuestra cólera á la ciudad santa con su Pastor.» Causó tanta admiracion su libertad y su desinterés en el príncipe que mandó entregarle mil sueldos de oro para los monasterios que regia; y despues, despidiendo á los demas abades para la Palestina, detuvo á Sabas en Constantinopla con pretesto de que su avanzada edad no le permitia hacer el viage durante los rigores del invierno, mandando que entrase libremente en palacio hasta su cámara imperial.

Hablando un dia familiarmente con él, le dijo: «vuestro obispo no se contenta con sostener el Concilio de Calcedonia que autoriza las impiedades nestorianas, sino que

también ha seducido á Flaviano de Antioquia. Es ya el único que se opone á que la mala doctrina sea generalmente anatematizada por el Concilio que se celebra en Sidon: él juzga habernos engañado con una condenacion vaga de todas las heregias; pero notamos demasiado que persevera en los sentimientos que le impidieron consentir en la deposicion de Eufemio y Macedonio, ambos inficionados de nestorianismo. Así pues, para que los Santos Lugares no sean profanados por mas tiempo con estas impiedades, hemos resuelto poner allí un pastor distinguido por la pureza de su fé.»

«Señor, le respondió Sabas, tened por cierto que nuestro obispo mira con un horror sincero toda heregia; y que fiel á maestros célebres por el don de los milagros, y guiado por las mas puras luces del desierto, no detesta menos la division hecha de Jesucristo por Nestorio que la confusion enseñada por Eutiques. Os rogamos encarecidamente que no sumerjais en la inquietud y en la desolacion la ciudad Santa de Jerusalem, ni ultrajéis el sacerdocio de la ley nueva en la persona de Elias, digno émulo de Cirilo. Entre dos heregias igualmente perniciosas se conserva á igual distancia de la una y de la otra y sigue invariablemente el verdadero camino de la fé.» Anastasio, movido de la firmeza y sencillez del santo anciano, exclamó con admiracion: «los autores sagrados enseñan con razon que el que camina con simplicidad, camina con confianza. Orad por mí, padre mio, y no os inquieteis, pues quiero que regreseis con el mayor contento. Mirando á vos, nada mandaré contra vuestro arzobispo.» De esta suerte el patriarca Elias continuó por entonces en su iglesia; pero Flaviano fué arrojado de Antioquia.

El Santo, habiéndose despedido del emperador, visitó á la emperatriz Ariadna, y